



EN BUSCA DE OSCAR CASTRO

1.º DE NOVIEMBRE DE 1983

He venido a Rancagua en busca de Oscar Castro, el bardo que vivió vacilando entre la vida y la muerte. Rodeado las calles por donde caminó el poeta su dura infancia, su angustiosa adolescencia, ya aguijoneado por el temible mal fraco que había de trunchar su existencia a los 37 años de edad. Por Independencia llegó a la estruendosa estructura de la Plaza de los Héroes. Mi ro hacia el rincón nor-poniente. Ya escribió el diario "La Tribuna", pero escuchó el ruido de la Maracaña instalándose sus ejemplares. Tampoco está el "Maestro" Oscar y de los "obremos" faltan Gustavo Martínez y Luis A. Verdaderet. Todos ellos ingresaron ha ce muchos años en la comarca de la eternidad. Abrazado de evocaciones marchó en la lúgubre del campo santo nortepolítico. Me guio la memoria caravana que invade sus callejuelas. El ambiente está grizado de aromas floales. Por fin llega a la tumba del poeta. Mujeres, hombres, colegiales enmascaran el sepelio; una verde roseta. Un conjunto de luz define ese mediodía.

Aparecen algunos "Inútiles" auténticos y otros post-mortem. Sigue todo el ceremonial recordatorio. Los coadores disponen relatos humanos y literarios del caminante en el alba. Me integro en ellos porque comparto sus penas mientes. Me alijo de la neopelita. Mi silencio es un mar sin latitudes. Empero, voy feliz en mi interior: ¡El poeta no está solo!

25 DE MARZO DE 1910

Un día como hoy, en una noche de Otoño, en una vejigana como nortegiana y muy humilde —bajo el resplandor de estrellas en el azul obscuro del firmamento— llegó a la vida el niño Oscar Castro Zúñiga.

"Nací en un barrio míserimo —recordaría alguna vez— en donde aún no sé, si era más grande la pobreza o la cantidad de lapaneros que conformaban el entorno". De todas maneras, este Hijo Predilecto de Santa Cruz de Tronca, cuando no cumplía los 33 años, contó a su tierna madre con estas palabras:

De ti me levanté como una espiga y tus jugos gloriosos me han

[matado;

de mi sangre te llevo en el latido, que mi boca, por ello, te bendiga.

Conoció y trabajó bajo la dirección del bardo, en el periódico "La Tribuna". En diarios y revistas de Chile ha narrado la ancha y cordial amistad, con este apaciguador iluso de estrellas e ideas. Esta vez rescataré de la región de

los recuerdos, algunos episodios inéditos de los últimos tiempos de su existencia, transcurridos en una pieza del hospital del Salvador de Santiago.

Cada uno de esos encuentros —matinales, vespertinos, nocturnos— se hallaban, felizmente, sujetos a tiempo restringido. Mi condición de Oficial de Carabineros, me permitió obtener del Médico-director del plantel asistencial, una tolerancia horaria sin medida.

En estos coloquios con Oscar, el vate demostraba la impresión de una erección acusada por el cansado arido de su presa. Saltaba de un tema a otro, como buscando que el tiempo no se viera ballero o se ocultara en el silencio. Era un alma sensible y estremecida. Me hablaba —entre las muchas cosas— de sus dolencias físicas, de las del alma y de las otras, que en la mayoría de los casos venían a ser iguales. Emergían sus congojas, sus dudas, sus afectos y simpatías, sus evocaciones, sus ambiciones... No voy identificar a nadie. La mayoría de los personajes, no eran conocidos en la escala de los afectos. Algunos, aún viven. Los otros han desaparecido.

Cada vez que llegaba hasta su lecho de enfermo, tras el saludo con un cálido apretón de manos, exclamaba: "Car me, cuántame el último chiste. No im porta qué me de dos Oito, o de lo-ros". Y añadia, más que con la rostro, con sus ojos hundidos al fondo de unas cuencas cada día más profundas. Empero, con mis ojos jamás perdí de vista la vitalidad de una mirada bondadosa y clara.

En muchas de sus poemas, cuentos y novelas, se ofrecen rasgos autobiográficos. Hay dos novelas con personajes absolutamente ficticios: "La vida simplemente" y "Lina y su sombra". Sobre esta última obra, en nuestros extensos diálogos en el hospital, Oscar me confidenció las razones que le indujeron a dejarla inconclusa. Por respeto a la palabra empeñada, nunca escribiré la verdad de las cosas y de los seres actores que le rodean y de aquéllos que les ocurren.

Vivió acorralado por los apuros económicos.

Con un cuento publicado en la revista argentina "Leopoldo" —me revelaba— ganó más que en un mes de fatigosa labor, como editor de "La Tribuna". Y era la la labes Corner, porque juntos vivían parte de sus etapas en Rancagua.

Sin embargo, su drama no era finan-

ciero solamente —paradoja— sino su salud física.

Esas matandas o tardes en el hospital, resultaban estremecedoras y potéticas. Absolutamente íntimas. Me hablaba de la realidad consciente y la realidad inconsciente. "Esto que vas a oír Corner, no es de Sigmund Freud. Es de otro científico germano. "Aprende-mos a soñar, y entonces tal vez podamos encontrar la verdad". Una es la realidad externa —comentaba— la que está fuera de nosotros. Es decir, todo cuanto nos rodea. Esta realidad Corner, nos impone preferentemente, porque nos resulta familiar, cotidiana. La otra —prosigue— la interna, es la de los sueños, y aunque muchos sostienen de que son paralojas, para mí son una realidad. Todo cuanto pertenece a la naturaleza del hombre, no se puede repeler como impropio a nosotros".

Consevo un cuaderno con un hojas amarillentas, rigas inequívocas del peso del tiempo. Lo adquirí por consejo de un amigo común con el poeta. "Corner —me decía en una carta desde Rancagua— escribe todo cuanto le habla el Maestro (Ahí llamábamos a Oscar Castro los periodistas de "La Tribuna"). Ahí se hallan estampadas, entre otras, frases como estas:

"A veces, amigo Corner, despierto al amanecer y siento que me alargo en aguas de armonía".

"Este destierro es que me halló inmerso, me lo han otorgado la ingratitud de muchos y mis rebeldías interiores".

Estas últimas palabras, recordo por perfectamente, me las dijo Oscar, luego de dialogar sobre una quiza permanente en él: "La soledad cotidiana" en que transcurría su permanencia en el hospital.

Un día hablabamos en torno a sus poemas y novelas, cuyos originales se hallaban listos para enviar a las prensas, pues próximo a nuestra plática con estas palabras: "Me voy a tomar his térico, Corner. Sé que la muerte me ronda ya muy cerca. ¿Corer tú, que como Roduz, he anado en el mar? Pienso que no. Me han mordido las colillas de cigarrillos ardientes, pero no me han hecho ningún daño; también he inclinado mi cabeza ante los adonadores del Becerro de Oro, tan abundantes en este pánico mundo".

1.º DE NOVIEMBRE DE 1947.

En esa fecha —ya lejano— "cuando los grillos cantan las notas del alba", cesaron los latidos del corazón de un hombre rebel y poeta.

En busca de Óscar Castro [artículo] Renán Andrade M.

Libros y documentos

AUTORÍA

Andrade M., Renán

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En busca de Óscar Castro [artículo] Renán Andrade M.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile